



Antropofagia cotidiana: máscaras guaraníes que usamos todos los días

Mariano Dubin

Universidad Pedagógica Nacional, Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

marianodubin@gmail.com

Recepción: 05 de octubre de 2025

Aprobación: 28 de octubre de 2025

Publicación: 10 de diciembre de 2025

Resumen

Este artículo procura reflexionar brevemente sobre la historia guaraní en tanto matriz cultural nacional. Se revisan múltiples fenómenos sociales y artísticos, sumamente conocidos, pero que no suelen ponerse en diálogo con el mundo indígena. Por último, se propone una reformulación del contenido del Día del Respeto a la Diversidad Cultural para pensarlo en clave nacional y popular.

Palabras clave: Lenguas indígenas, Guaraní, Cultura nacional, Escuela, Nación

Everyday anthropophagy: Guarani masks we use every day**Abstract**

This article briefly reflects on Guarani history within the broader framework of national culture. It examines numerous well-known social and artistic phenomena that are rarely considered in relation to the Indigenous world. Finally, it proposes a reformulation of the Day of Respect for Cultural Diversity, framing it within a national and popular context.

Keywords: Indigenous languages, Guarani, National Culture, School, Nation

La experiencia guaraní prolifera en Sudamérica: máscaras que usamos todos los días para vivir los sentidos profundos de nuestra cultura. No solo son máscaras, debajo de ellas la mayoría de los argentinos conserva la jeta barrosa de los ríos y pajonales –pero no importan, por cierto, los colores de la piel, sino sus significados–. Poco y nada se dice de nuestra matriz indígena aunque esté ahí a la vista de todos. El Gauchito Gil, santo correntino de facón e insignia federal; los mates cimarrones que nos permiten despertarnos bien temprano; el chamamé y la polka que cruzan las fronteras de Paraguay y Argentina; los animales que solo sabemos nombrar en guaraní: yaguaré, yacaré, aguará guasú, chajá, piraña, carpincho; San Martín y Artigas que hablaban el *avañe'ẽ*; los primeros libros publicados en el actual territorio de nuestro país escritos en guaraní. El guaraní está en la cultura popular y en la cultura letrada. En la cultura profana y en la cultura sagrada. En síntesis, la Virgen de Itatí y San La Muerte; el Yasy Yateré y los *Sermones y ejemplos en lengua guaraní* de Nicolás Yapuguay (1727). ¿Por qué no aceptar esta memoria inmensa del mundo guaraní, esta experiencia cosmológica y cotidiana? En fin, es el poeta brasileño Oswald de Andrade quien nos demandó, en el año 1928, en su *Manifiesto Antropófago*: “Tupi or not Tupi: that is the question”. Aclaramos, por si fuera necesario, esta indagación podría estar mal encarada si se pensara que aquello *tupí* o *guaraní* debe ser inventado, recuperado de un origen lejano y, para siempre, perdido. Por el contrario, formulamos una forma de antropofagia cotidiana: todo aquello donde lo guaraní está vivo en nuestras vidas comiéndonos por dentro. Es decir, las máscaras guaraníes que usamos todos los días.

Tupí or not tupí: that is the question

Darcy Ribeiro, en *El pueblo brasileño* (1995), afirmó que el “Brasil es la última y dolorosa reactualización del pueblo tupí” y que “rotos y transfigurados llegaron a ser lo que somos”. Esta idea de una matriz tupí-guaraní que estructura vastas regiones sudamericanas es la excusa para hablar ahora no de “lo indígena” en su *otredad radical* (idea tan cara en el mercado neoliberal de las identidades), sino en el *nosotros americanos*.

Veamos la extensión guaraní, primero en la literatura y cultura argentina. Solo para nombrar unas pocas cosas que están a la vista de todos, los cuentos de Horacio Quiroga, mixturados en la lengua y la cultura guaraní –por ejemplo, en “Los precursores” escrito en español pero con una sintaxis guaranítica ya que “los que hemos gateado hablando guaraní, ninguno de esos nunca no podemos olvidarlo del todo” o sus diversos cuentos donde recupera la cosmolología criolla litoraleña–; los diálogos entre Jorge Luis Borges y Fanny, su empleada doméstica correntina por más de tres décadas, donde ella le explicaba palabras y frases en guaraní –y que podríamos comprobar en el crecimiento de dicho territorio simbólico en sus cuentos–; la letrística no solo en el chamamé, sino, a su vez, en Damas Gratis, por ejemplo, en “Chica bandida” –recordemos que Pablo Lescano se crio con un abuelo que le transmitió la lengua indígena, orgullo guaranítico que estampa en una remera que suele usar: *rohayhu pero che peteñ sarambikue*–; el mismo zorzal criollo, Carlos Gardel, se animó en el año 1922 a cantar:

Iporá kuñatay
más linda que el uruvey
te canta tu kuimba'e
¡ay, sí
¡en idioma guaraní!

San Martín hablaba el guaraní acaso como lengua materna, Artigas –el “Karai Guasu”– lo hablaba con fluidez, mientras que Belgrano poseía ciertos conocimientos; un héroe más reciente, Diego Armando Maradona, fue hijo de yacaré correntino: “Don Diego”; el guaraní se lee en *El río oscuro* (1943) de Alfredo Varela, y se escucha en su monumental adaptación *Las aguas bajan turbias* (1952) de Hugo del Carril; en otra narrativa cinematográfica, la Coca Sarli, bajo la dirección de Armando Bó, hizo varias películas ambientadas en tierras guaraníes; la proliferación de documentos públicos durante la Colonia y la etapa revolucionaria; recuperemos, por último, a dos militares y políticos guaraníes, grandes olvidados de nuestra historia: Andresito Guasurá, gobernador de las Misiones entre 1815 y 1819 y Pablo Areguatí, comandante militar de las Islas Malvinas en 1824. Como el mate diario, que tomamos todos los rioplatenses, la vitalidad guaraní circula sin conciencia de su matriz indígena.

En fin, no busco la enumeración heteróclita, sino sortear la idea de *minoridad* construida desde el discurso académico progresista. Un blanqueamiento cultural fundado en el exotismo. Aquel que organiza un nosotros, los blancos y ellos, los indios. Sobre todo porque no se puede hablar de un hecho aislado o menor, respecto a una lengua que es hablada por cerca de diez millones de personas; un millón de estos hablantes, al menos, viven en Argentina (principal-

mente en la zona de Buenos Aires y las provincias del Nordeste). Relevancia que se traduce en su extensión ya que es hablada en gran parte de Sudamérica (sobre todo en Bolivia, Argentina, Paraguay y Brasil).

En este territorio de millones de kilómetros cuadrados, cada lugar es un caso singular de la vida de la lengua. En la ciudad donde yo vivo, La Plata, una zona que no ha sido considerada con relevante presencia guaraní –al menos comparada con Corrientes, Paraguay o el Mato Grosso–, el mapeamiento de la lengua no deja de multiplicarse, se utiliza asiduamente en distintos eventos de la comunidad paraguaya; se dictan talleres de enseñanza en el Centro de Residentes Correntinos y en otros espacios no formales; existen decenas de radios FM donde la lengua predominante es el guaraní; distintos oficios religiosos se realizan en este idioma como sucede una vez por mes en la parroquia de Caacupé y una vez por año en la misa principal de la Catedral; en distintas bailantas la música en vivo es en guaraní. Y, sobre todo, es una lengua que en algunos barrios se escucha constantemente tanto en la cocina familiar como en el almacén, la esquina y la escuela.

Una breve anécdota ilustra esta vitalidad. Un día cruzando la Plaza Italia, una de las principales del centro de la ciudad, descubrí a un grupo de testigos de Jehová haciendo circular su revista religiosa en guaraní: *Ñemañaha*. Estaban hablando con una pareja de paraguayos que, justo en el momento que comencé a escuchar la conversación, se despedían apurados de los insistentes religiosos. El testigo que encabezaba el grupo era un joven rubio, entrampado en una camisa inmaculada y con zapatos lustrados de modo impecable. Era norteamericano. Supuse que el guaraní del *yankee* sería, como mínimo, precario. Lo encaré con un *mba'e la porte, chamigo?* Un modo coloquial de decir “hola” (o mejor: “¿cómo está la cosa?”). Preferí este registro al tradicional *mba'eichapa reiko* (“¿cómo estás?”) o al formal y escolarizado *mai-tei* (“hola”). Para mi sorpresa no solo el predicador callejero hablaba el guaraní, sino que lo hacía a la perfección, palabra tras palabra iba engordando una sola, inmensa e interminable palabra aglutinada que cuando yo intentaba traducir, ya había saltado a otra y a otra y a otra. Me escapé preguntándole con un *cuánto piko cuesta* la revista. El norteamericano, contra todo prejuicio, era un hablante notable del guaraní.

Pequeños retazos del mundo guaraní

La ciudad de La Plata es, en verdad, solo un pequeño retazo de un inmenso continente donde ya los nombres de las ciudades, los ríos y las montañas nos indican la presencia de las lenguas tupí-guaraníes: Ipanema, Ituzaingó, Iberá, Uruguay, Iguazú, Itaipú, Ipiranga, Curuzú Cuatiá, Paraná, Paysandú, Tacuarembó, Caacupé, Paraguay y un sinfín de etcéteras.

Solo en Argentina se hablan distintas variedades del guaraní (en el continente el tronco tupí-guaraní suma decenas de lenguas): el *ava guaraní* en las provincias de Salta y Jujuy; el *mbya guaraní* en la provincia de Misiones; y el *guaraní criollo* o *jopará* hablado en las provincias del noreste del país y, asimismo, en Buenos Aires y Gran Buenos Aires a causa de dos grandes movimientos migratorios. El primero que comenzó hacia la década de 1930 realizado por correntinos, chaqueños y formoseños; el segundo, en las últimas décadas, caracterizado

por migraciones paraguayas. A su vez dentro del jopará existen las variedades del correntino y del paraguayo que no responden a las fronteras actuales de ambos países ya que el jopará hablado en Formosa, por ejemplo, responde a la variante paraguaya.

Pero volvamos a la zona de Buenos Aires donde se supone que hay menor presencia del guaraní. Una idea de “lengua reciente”; “recién venida” desde “otros lados”. Solo considerando la migración correntina y paraguaya estamos hablando de una presencia de cien años en la zona. Pero es, en realidad, mucho más antigua. De hecho, ha sido hablada en esta ciudad antes, inclusive, que existiera la Argentina como nación o inclusive como proyecto de nación: la segunda fundación de la ciudad de Buenos Aires encabezada por Juan de Garay, en el año 1580, fue realizada por criollos e indios que hablaban como lengua materna (y muchos de ellos como única lengua) el guaraní.¹ Es decir, fue su primera lengua junto al español y, desde entonces, con mayor o menor intensidad es hablada en la ciudad.

Si en la fundación de Buenos Aires se habló guaraní, y actualmente se habla guaraní, el primer desplazamiento epistemológico que deberíamos proponer es por qué no hemos escuchado aún una lengua que estuvo resonando, desde hace siglos, acá y allá, en el bullicio de sus calices. Acaso, precisamos otra fundación mítica de Buenos Aires que nos permita ver más acá de aquello de “las proas vinieron a fundarme la patria”.

La sorpresa, desde ya, expresa una supremacía de clase en tono de *¡hay indios en mi país!* Esta incredulidad no deja de expresarse, muchas veces, en formas brutales y bizarras. La ex presidenta argentina Cristina Fernández de Kirchner en su libro de memorias *Sinceramente* (2019) describe un encuentro singular, en el año 2015, entre el entonces ministro de transporte del presidente Mauricio Macri, Guillermo Dietrich, y el gobernador de Formosa, Gildo Insfrán. El ministro Dietrich, según el libro, se habría asombrado de que el gobernador de una provincia “como Formosa” fuera *blanco*: “Ah, pero usted tiene los ojos celestes”. A lo que Gildo Insfrán le responde “tengo los ojos celestes y hablo guaraní”. ¡Un gobernador puede hablar guaraní!, parece ser la cifra oculta de la mirada porteñocéntrica.

El guaraní prohibido

El guaraní es acechado. La lengua se prohíbe y esta prohibición se interioriza en una dualidad bestial de incertidumbres, como Macunaíma, el sueño es cruzar el río que separa de la ciudad y convertirse en blanco. Lo he escuchado: “Desde que Marta fue a Buenos Aires, está más blanca”. No vuelvo al pueblo porque allá “siguen siendo todos muy indios”. Lo he escuchado, una y otra vez, en Buenos Aires, en Quilmes, en Corrientes, en Posadas; pero también en Caaguazú y Asunción. Los mismos hablantes lo dicen: “Hablar guaraní es cosa de *mboríahu*” –o *poríahu*, en su pronunciación correntina–, es decir, de “pobre”.

1 Las investigaciones arqueológicas, además, señalan la presencia de poblaciones guaraníes en el Delta del Paraná hacia el año 1300.

La imposibilidad de escuchar el guaraní es un efecto de sus prohibiciones. Y ahora no me refiero a la omisión, más o menos general, en el sistema escolar del derecho de alfabetizarse y aprender en la lengua materna. Estamos hablando de no hablar el guaraní sino a efecto de persecuciones y castigos (más allá, digamos, de la propia devaluación de la lengua en la economía de los intercambios lingüísticos).

Los ejemplos, lamentablemente, abundan. En el año 2017, la empresa de ómnibus de la línea 151, de la ciudad de Buenos Aires, prohibió a sus empleados hablar en guaraní. En aquel momento se viralizó una imagen del depósito donde un cartel indicaba taxativamente: *Está prohibido hablar guaraní en el depósito. Sólo español*. Se subrayaba, en el cartel, el “sólo español”. No es, por cierto, la única prohibición explícita. Recupero otros dos casos. En el año 2011 en un penal de mujeres de la ciudad de Posadas, en la provincia de Misiones, se les prohibió su uso a las reclusas –en contra de toda regulación legal–. Más recientemente, a las empleadas domésticas de los barrios cerrados de Nordelta (una de las zonas más ricas de Argentina), se les prohibió usar los mismos ómnibus que sus patrones. Los argumentos esgrimidos, que fueron publicados en diversos medios nacionales, expresaban tópicos racistas muy antiguos que ya se cifraron en las crónicas coloniales: el “mal olor”, la “falta de costumbres”, el “masticar ruidoso”. Los patrones se justificaban, además, en “la incomodidad” de escuchar a sus mucamas hablar en un idioma indígena –el sintagma sería: *¡carpinchos, mucamas, guaraníes, qué asco!*–. Estas prohibiciones podrían pensarse como más factibles en zonas como Buenos Aires donde se espera encontrar una cantidad menor de hablantes. Sin embargo, en Paraguay mismo, centro de la cultura guaraní, esta persecución existe. La colonización de la soja y el avance de los *fazendeiros* sobre antiguos territorios campesinos, el expolio cotidiano, también se han reforzado en la prohibición de hablar guaraní dentro del latifundio. Así sucedió, por ejemplo, en Guayaibí, San Pedro, donde la administradora de una estancia sojera advertía a sus empleados en un mensaje: “A partir de hoy está prohibido hablar guaraní en la estancia, *prohibido, ¿me escucharon?* Así, que si vamos a hablar, usamos el portugués o el español que es idioma de acá del Paraguay”.

Prohibiciones que acechan a los hablantes, día a día, en procura del triunfo civilizatorio. Sin embargo, casi en un modo de antropofagia contemporánea, el guaraní en sus rituales de caza sobrevive, inclusive, en la piel del otro: aquel que acecha al guaraní, desde épocas coloniales, es devorado por este mundo salvaje. Acaso estas fueron algunas de las conclusiones que imaginé en una investigación trunca por la pandemia. En el año 2019 procuré reconstruir, en terreno, la prohibición del guaraní en los barrios cerrados de Nordelta. Encontré, otra vez, la lengua en sus mudanzas imposibles, en la incertidumbre de su estado de excepción continuo. Porque si esperaba hablar el guaraní con las empleadas domésticas, lo acabé encontrando donde no lo esperaba.

En una entrevista con una fonoaudióloga que atendía a niños de la zona –“los chicos de los *countries*”, como ella los llamó–, me comentó sobre un suceso extraño. Muchas madres habían estado enviando a sus hijos al consultorio “por un hablar raro”. Esta “extrañeza fonológica” no provenía de un síndrome repentino. Era a causa del tiempo de cuidado de sus

empleadas domésticas, ya que ellas les hablaban, les cantaban, les susurraban –en fin, les daban amor– en guaraní. Los “chicos de los *countries*” reproducían en sus primeros balbuceos lo que definiríamos, con certidumbre, como lengua materna.²

Y a pesar de todo, el guaraní se sigue hablando. Acaso como temió (y acaso presagió) Jorge Luis Borges en “El otro” (1975), el guaraní se come la lengua de los argentinos: “Cada día que pasa nuestro país es más provinciano. Más provinciano y más engreído, como si cerrara los ojos. No me sorprendería que la enseñanza del latín fuera reemplazada por la del guaraní”.

Reflexiones finales

Frente a los discursos civilizatorios y racistas que procuran actualizar el Día de la Raza, no alcanza con una reivindicación abstracta de “la diversidad”. De hecho, ya el nombre de Día del Respeto a la Diversidad Cultural merece ser revisado. Vale la pena preguntarse quién es el sujeto que enuncia el verbo respetar. ¿Quién respeta a quién? Las clases populares argentinas no pueden ser “un objeto” de la política sino, por el contrario, el sujeto clave para formular la enunciación política. Y nombro, además, el Día del Respeto a la Diversidad Cultural porque es una fecha clave del calendario escolar y que podría ser, por cierto, un gran día de debate ideológico sobre la Colonización y las luchas populares.

El proyecto humanista posee dos grandes retos. El primero es sobrevivir a la reducción de la Escuela (y de la nación, claro) al programa tecnocrático. Pero, además, volver a revisitar su tradición nacional que recuperó nuestro pasado y presente indoamericano (que no solo estuvo en los revolucionarios de principios del siglo XIX sino también podemos descubrir en Joaquín V. González, en Ricardo Rojas, en Rodolfo Kusch, etc.). Por fin, no podemos quedarnos en una reivindicación superficial de “la diversidad”. Debemos sortear el eslogan sin sujeto político real, sin tradiciones y memorias de larga duración, sin utopías plebeyas. En fin, la escuela puede ser un gran dispositivo de humanismo nacional y lo indígena y lo guaraní tiene mucho para decirnos de esto. En caso, claro, de querer construir un nuevo proyecto humanista, popular y nacional.

2 Un fenómeno parecido al que la antropóloga boliviana Silvia Rivera Cusicanqui llamó el “síndrome del aguayo”, para explicar la dualidad de niños de clases altas que son criados por mujeres indígenas.